

» de Olden Barneveldt, caballero, etc., abogado
 » de la Holanda y de la Frisia occidental, con
 » la confiscación de bienes, por los motivos que
 » en su sentencia se mencionan, después de ha-
 » ber servido treinta y dos años, dos meses y
 » cinco días. Fué hombre de grande actividad,
 » infatigable en el trabajo, de consumada
 » prudencia, de profundo criterio y singular
 » bajo todos conceptos. ¡El que está en pié,

» tema caer! ¡Dios tenga piedad de su alma!
 » Amen (1). »

(1) Tomado de J. REYNAUD y P. LEROUX.

El célebre Lemierre eligió como protagonista de una de sus tragedias á Barneveldt, y fué muy aplaudido el verso en que su hijo, aconsejándole que se liberte con la muerte de la ignominia del suplicio, le dice:

Caton se la donna;

pero Barneveldt responde:

Socrate l'attendit.

NUM. XXIV

SULLY.

(1560-1641.)

No puede separarse la noble figura de Maximiliano de Bethune, baron de Rosny, duque de Sully, de la de Enrique IV, no solo por su amistad y por la parte, no sé si decir anecdótica de su vida, sino porque llevaron juntos á cabo una grande obra que á ambos por igual pertenece, y de la que no era capaz solo ni el uno ni el otro. Son verdaderamente dos compañeros, dos hermanos en política, dos hombres nacidos uno para otro con un objeto providencial, y en el fondo de su época se destacan con una originalidad particular, y unidos, porque esta originalidad procede de entrambos, y ninguna fisonomía contemporánea se les asemeja.

En el siglo XVI la destrucción del feudalismo estaba consumada en Francia: los reyes de la tercera raza, en especial la rama de Valois, apoyándose en los Comunes, habían logrado elevar la unidad monárquica del poder sobre la unidad monárquica del territorio. En 1547, á la muerte de Francisco I, la Francia, organizada monárquicamente, no debía volver á ser víctima de guerras civiles, y los reyes podían libremente entregarse á la vida ociosa, ó al pasatiempo de la guerra extranjera.

Sin embargo, aun tenían que causar turbulencias la ambición, el orgullo, la rivalidad de los señores; y si en ciertas circunstancias el rey podía elevarse hasta derribar algun príncipe vecino para ocupar sus Estados, nada quitaba al noble, en determinadas situaciones, elevarse hasta derribar al rey, su señor, y colocarse en su puesto.

En tal estado de cosas, el protestantismo infiltrándose en Francia debía naturalmente ofrecer vasto campo al turbulento carácter de los nobles. Severamente rechazado por los reyes, pero siempre protegido por los nobles, y fecundado por el renacimiento, el protestantismo adquirió tal fuerza, si bien ficticia, que pudo luchar de una manera embozada contra la monarquía que le perseguía, y hacer surgir, en el seno de una nación profundamente monárquica, una guerra civil y religiosa de medio

siglo. Este fenómeno aconteció en tiempo de Carlos IX y Catalina de Médicis. Queriendo un día usar de rigor con el protestantismo, los reyes advirtieron que el espíritu de ambición, de inquietud, de indiferencia, soplabá de un modo terrible en las filas de los nobles que llevaban aun sus banderas y las del Catolicismo, y que si era peligroso dejar vivir en paz á los hugonotes, no lo era ménos permitir á los Católicos combatirlos libremente; pues si los hugonotes contaban en sus filas príncipes de la sangre y á Enrique de Navarra, los Católicos tenían á Enrique de Guisa y á sus hermanos, mas hábiles y mas audaces.

En tal apuro, Carlos y su madre, y después Enrique III, no vieron nada mejor que emplear los artificios de la política italiana; y si el corazón se indigna al recordar los delitos que esta aconsejó, el entendimiento debe reconocer la intrepidez, la calma, la grandeza, el genio que desplegaron en aquella personal defensa de la vida y de la corona.

Con todo, tenían que sucumbir; pues encontrándose solos, y no viviendo sino á la sombra de la guerra civil, no podían durar tanto como estas dos facciones de la nobleza que se oponían constantemente la una á la otra; ni les era dado transmitir su causa y su política á sus hijos, no habiéndolos procreado. Ninguna raza real se ha visto mas claramente destinada á perecer que la de los Valois, y desde que estalló la guerra civil no se trató sino de cuándo se extinguiría.

Un solo medio quedaba lógicamente á aquella familia para evitar la fatal sentencia; ¿pero podía comprenderlo, fascinada como estaba por la astuta política en que depositaba su confianza? Era buscar en el pueblo, y fuera de la nobleza expuesta á los furros de la guerra intestina, un elemento de fuerza, una sólida base. Tal era el único remedio eficaz, igualmente necesario, sino accesible, á todos los competidores que se disputaban la Francia, protestantes, Católicos, Enrique de Navarra, Enrique de

Guisa, Enrique de Valois : y si Enrique de Navarra subió al trono y pacificó la Francia, lo debió á haberlo descubierto y utilizado.

Enrique habiendo nacido en las montañas del Bearne, habiendo sido educado rudamente, acostumbrado desde temprano á la vida de los campamentos, siendo su religion la áspera doctrina de Calvino y su divisa *Vencer ó morir*, por su ingenio, su corazon, sus costumbres y su nacimiento, era el hombre predestinado por el Cielo para recoger la herencia de los Valois, proscritos en sus eternos decretos. En vano vacila y se engaña al principio de su carrera, prestando fácil oído á las insidiosas promesas de la corte, ó marchando valerosamente sin segunda idea á la cabeza de los hugonotes ; su enérgica naturaleza le conduce é impele siempre á colocarse al frente de los pueblos, tanto del de las ciudades como del de los campos ; siempre esta naturaleza le descubre que en el pueblo está el punto de apoyo que el destino oculta á las miradas de sus competidores. Noble y rey de nacimiento, tiene todos los generosos instintos populares ; sus mas profundas simpatías son por el pueblo y para el pueblo. En el curso de la guerra intestina y cruel de la nobleza, mientras que todos los suyos se ocupan de un modo mezquino y estéril en sus intereses ó en los de su bandería, sin pensar mas que en el triunfo ó en las derrotas de su respectiva religion, Enrique es el único que se acuerda de que existe una Francia, el único que compadece profundamente las miserias del pueblo, hollado y aprisionado por todas partes. Bajo ciertos respectos inferior á la elevada fortuna que el Cielo le destina, si no sabe prepararla con anticipacion, si no sabe ambicionarla como haria un Guisa, á lo ménos no falta nunca á su llamamiento : á cada nueva situacion que los dias que se suceden le crean, corresponde hábilmente, y su inteligencia, cogida de improviso por su fortuna, pronto recobró su equilibrio, y le hizo digno de una fortuna aun mas elevada. Es uno de esos hombres del pueblo, á quienes la prosperidad educa y corona á un tiempo. ¿ Qué importa oírle decir al canceller, naturalmente maravillado de verse en Paris, despues de la rendicion de Paris : « ¿ Creeré estar donde estoy ? Quanto mas lo pienso, ménos lo comprendo. En todo esto no hay nada de humano ; es obra del Cielo. » En el Louvre es verdaderamente rey, rey de la Francia, no ya hugonote ni católico, no cabeza de partido, y la guerra que los nobles se hacian entre sí, oculta bajo el manto de la religion, cesa de derecho y de hecho ante esta nueva majestad, ó mas bien se transforma en una guerra de pacificacion, guerra del pueblo y del rey contra los individuos recalcitrantes de la nobleza, sea la que quiera su religion.

La historia de Enrique IV está toda aquí. Su obra es obra de pacificacion ; y si pacificó á Francia, lo logró introduciendo al pueblo en la lucha de los nobles, y conservándole el nombre

y la bandera. No le llamó para colocarle bajo los estandartes del protestantismo ó del Catolicismo detras de la nobleza, sino para combatir, en nombre de sus miserias, contra los nobles, protestantes ó católicos, que turbando sin descanso la paz, ó impidiéndola nacer, tendian á aumentar las desdichas eternizándolas.

Conviene trasladarse con el pensamiento al siglo en que se dió cima á esta obra, si se quiere apreciar dignamente su grandeza y sus dificultades, tales que, á pesar del ardiente amor al pueblo y de la extension del genio de Enrique, no tememos asegurar que si no hubiese sido secundado por un entendimiento mas maduro, mas sólido que el suyo, por un hombre de ciencia y de virtud mas robustas, en suma por Sully, habria dejado en la historia otra reputacion que la que acompaña á su nombre. Guerrero y príncipe popular, podia quizá acabar por sí la guerra civil y religiosa de los nobles, y subir al trono vacante de los Valois ; pero, una vez sentado en él durante la paz, ¿ hubiera sabido vencer las dificultades de administrar un reino reducido al último apuro, con tanto honor y buen éxito como supo vencerlas de la mas desastrosa guerra ? Ante una nobleza, no sojuzgada, no destruida, sino reducida un instante al silencio de la vida civil, quizá se inclinara al despotismo como Luis XI ; quizá entregado á la mollicie, juguete de amantes y cortesanos, hubiera contaminado el esplendor de sus primeros años con una vejez vergonzosa. Sully, impeliéndole firmemente hácia el pueblo que le habia ayudado á triunfar, supo preservar de semejante alternativa.

La buena voluntad es algo ; pero si del corazon, donde nace, no pasa al entendimiento que la fecunda, ¿ qué viene á ser ? Un vano transporte. ¿ Y cuál es su resultado ? Ninguno. Ahora bien, este vínculo del entendimiento y el corazon, del deseo y el acto, es el perfecto símbolo de la union entre Enrique y Sully. Sully fué para Enrique lo que es el entendimiento para el corazon ; el corazon hacia decir á Enrique : « Quisiera que los campesinos tuvieran » gallina en la olla todos los domingos ; » y el entendimiento inspiraba á Sully esta máxima : « Pastos y agricultura son las dos fuentes de » vida del Estado. »

No hay sin duda en lo pasado nada mas grande ni mas tierno que la historia de Enrique y de Sully, los cuales bajo muchos conceptos pudieran considerarse como un solo individuo, de tal modo el uno parece complemento del otro ; y por un accidente extraño, secundado por la casualidad del nacimiento, Enrique, el corazon, rey ; y el entendimiento, Sully, ministro. Que se cambien los papeles, y toda esta admirable historia se deshace en humo ; Sully y Enrique IV son imposibles ; Enrique, que tambien está en el primer puesto, se eclipsa en el segundo ; y lo contrario sucede á Sully.

Pero ¡ qué fuerza, qué amistad profunda é ilustrada, qué unidad de sentimiento y de idea, debieron subsistir entre estos dos grandes hombres, para permanecer siempre unidos en medio de la tempestad que tronó sobre ellos ! Se dirá que no fué nada vivir ó señalarse durante la guerra civil ; pero cuando la muerte arrebató á los Guisas y los Valois, cuando el pueblo y las armas introdujeron á Enrique y á Sully en el Louvre, fué preciso liquidar los cincuenta años de guerra. Los protestantes pedian recompensa de sus buenos y leales servicios ; los Católicos recompensa por dejar las armas ; los extranjeros recompensa por no intervenir ó por ser intervenidos ; ¡ y no habia vencidos que pagasen ! Á los ojos de la ávida nobleza, este no era siquiera un problema ; pues si no habia vencidos, allí estaba el pueblo. Pero precisamente el pueblo era el amigo, el apoyo, la fuerza, el sólido y vivo antemural de Enrique y de Sully. Entre el rey y aquella nobleza ávida y orgullosa continuó, pues, naturalmente la guerra ; pero en un nuevo terreno, el del dinero y de la paga, no ménos difícil é importante, siendo ahora el héroe Sully, no Enrique.

El primero salió vencedor con los mismos medios de su señor, amigo y rey, esto es, apoyándose en el pueblo. Sully empezó á fundar en grande, sobre la ruina de las rentas de los nobles, las que hoy se llaman rentas del Estado ; bastando algunos hechos para que se comprendan sus intenciones y modo de proceder en el particular.

En el arreglo de la hacienda Sully observó igual orden que los reyes para establecer su dominacion ; arrancar al pueblo de manos de la nobleza y ligarlo á sí de una manera nueva y provechosa al mismo pueblo. En virtud de autoridad privada ó por intriga poseían los nobles infinidad de gabelas é impuestos, y Sully libró al pueblo de ellos apenas pudo, pues su gran principio en materia de rentas era la unidad. Madama de Verneuil fué un dia á visitarle, y le encontró que salia con direccion al Louvre, llevando envuelto en el dedo un papel. « ¿ Qué es eso ? » le preguntó :

— « Negocios en que os toca una buena parte. » Y desenvolviendo el papel, le leyó una lista de veinte ó veinticinco edictos de contribuciones establecidas sobre el pueblo, todas en beneficio de los nobles, entre quienes ella ocupaba el sexto lugar. — « ¿ Qué pensáis hacer ? » repuso Mad. Verneuil. — « Pienso, repli- » có Sully, hablar al rey en favor del pobre » pueblo, que lo pasará mal, si tales vejaciones » se aprueban ; y el rey puede despedirse de » sus impuestos, que no volverá á recibir. » — « Despacio estaria, dijo la Verneuil, en daros » oído y disgustar á tantas personas de distin- » cion por satisfacer vuestros principios. ¡ Oh ! » ¿ á quién querriais que el rey protegiese, sino » á los individuos contenidos en el papel, todos » cortesanos, parientes ó amigos ? — Seria ver-

» dad (respondió Sully), si S. M. sacase el dinero » de su bolsillo. Pero sacarlo de comerciantes, » artesanos, campesinos, pastores, no será fácil ; » pues estos son los que alimentan al rey y á » todos nosotros, y les basta un solo señor » sin necesidad de tantos cortesanos, parientes » y amigos. »

Esta anécdota nos da á conocer el espíritu general que animaba á Sully en su ministerio, y el medio de que se valia para lograr de ordinario sus fines. Ministro del rey, todo lo llevaba al tribunal del monarca, cuya autoridad suprema realizaba de este modo : pero en aquel tribunal su elevada inteligencia le constituía dueño y soberano, y dictaba decretos que luego él mismo, cubriéndose humildemente con la autoridad del rey, hacia ejecutar.

Sin embargo, esta política hábil, honrada, concienzuda, y que para conseguir su objeto necesitaba el misterio, debia naturalmente dar á Enrique y á Sully el aspecto de conspiradores. Hablan en secreto á horas en que la nobleza duerme ; conciertan entre sí preguntas y respuestas que dirigirse en público, para visitarse sin despertar sospechas ; pretextan viajes, partidas de caza ; á veces fingen desavenencias. ¡ Cuántas intrigas, cuántas comedias para que no se vuelvan á unir los miembros despedazados y sangrientos de la hidra de la nobleza ! Se distribuyen con rara habilidad los papeles ; el rey diria siempre sí, el ministro con los guarismos y el estado presente del pueblo dirá siempre no, y la voluntad del rey aparecerá siempre forzada.

La mejor comedia de este género que sostuvieron fué aquella en que la clase média representó el papel de héroe ó de víctima. Si Enrique y Sully inclinaban gustosos la corona de Francia hácia el pueblo, su socio de conspiracion, era á condicion de que el pueblo no se presentase jamas. En esta parte, Enrique era rey, y rey de antigua raza : en cuanto á Sully, amaba como noble la nobleza, pero la habria querido austera, puritana, formal ; de consiguiente, no como en sus tiempos, sino como la pasion se la fingia en lo pasado. Su voz, hablando de la nobleza de su época, recordaba la del viejo Caton echando de ménos el buen tiempo antiguo y censurando el presente. Pero veamos esta comedia, representada por Enrique y Sully á la clase média en provecho de la misma, es decir, del Estado y de las rentas públicas.

El dinero es el nervio de la guerra, y á Enrique IV le faltaba para completar su obra de pacificacion. El duque de Mayenna se habia sometido, pero el de Marceur y la Bretaña se sostenian aun ; las bandas españolas estaban en el centro de Francia, y se dirigian á Amiens. Esto sucedia en 1596 ; y en tales circunstancias se le ocurrió á Enrique convocar los Estados Generales en Ruan, para que acordasen los medios de suministrarle un ejército, numeroso y bien provisto. Llamo, pues, de confianza en la legitimidad y necesidad de la petición,

apoyado en el sano juicio natural de los que formaban la asamblea, les dejó en el discurso de apertura completamente libres para acordar, suplicándoles tan solo « que se propusiesen » como principal objeto de sus deliberaciones, » devolver al reino y á la dignidad real toda » su antigua gloria, toda su amplitud y brillantez, la paz, el reposo y la tranquilidad pública; el alivio del pueblo, y en especial » de los mas pobres. »

Pero el primer uso que aquellos diputados hicieron de su libertad y autoridad fué protestar contra los nobles, decidiendo que no se separarian en tres órdenes, y tomando el nombre de *Asamblea de los Notables*. En efecto, los nobles, perdidos en el número de las personas de iglesia, de judicatura, de hacienda, de cancillería, y eclipsados por el lujo y la ostentación de los empleados públicos, se retiraron en su mayor parte de la asamblea, dejando el campo libre á la clase média. Tocó entonces á la monarquía pasar bajo las horcas caudinas de la ciudad vencedora. Para responder á la petición, llena de confianza y grandeza, del rey Enrique, los notables de Ruan no encontraron mejor medio que apoderarse ellos del gobierno de Francia, creando un consejo de Estado, cuyos individuos serian nombrados por la asamblea y por los tribunales supremos, siendo sus atribuciones ordenar y disponer, de un modo absoluto, de la mitad de las rentas del reino, á fin de pagar « sueldos de empleados, féudos y limosnas, rentas, atrasos, obras públicas, deudas generales y particulares. » La otra mitad se concedía al rey y á su consejo de hacienda para subvenir á los gastos « de la persona real, de su casa, de los militares, artillería, fortificaciones, guarnicion, embajadas, pensiones, donativos, recompensas, beneficios, fábricas y otros gastos de S. M. » Finalmente, para remediar la urgencia del momento, imponian un sueldo por franco « en toda clase de víveres y mercancías, por pequeñas que fuesen, vendidas á destajo; » contribucion que, segun decian, debía subir á mas de 5.000.000 de francos, permitiendo al rey poner en pié de guerra un ejército de veinte mil hombres.

Tal fué la obra de los notables de 1596, donde se ve que la clase média no iba á ciegas, y que « como primer ensayo, intentaba un golpe maestro. » Desgraciadamente faltaban á esta organizacion rentística y política del reino, elementos de buen éxito que aquellos ciudadanos no podian adivinar, y que pronto llamaron la atencion de Sully.

Cuando fué sometida al exámen del rey y de su consejo de hacienda, se levantó un grito unánime mostrando á Enrique la culpable audacia de aquellos notables, que propendian nada ménos que á elevar altar contra altar, á formar un Estado en el Estado, á establecer dos reyes en la monarquía. Convencido Enrique de la solidez de tales argumentos, y resuelto á desechas las culpables proposiciones de la asam-

blea, quiso sin embargo que en el consejo cada cual expresase su opinion acerca de las mismas. Cuando llegó el turno á Sully, este calló contra su costumbre, declarando entre formal y burlesco, que no podía opinar sino como los demas. El rey quedó admirado, y recelando que habia respondido así para salir del paso, y que sin duda tenia algo que manifestarle particularmente, remitió la decision al dia siguiente y se fué á comer.

Terminada la comida, Enrique y Sully se encontraron solos. Las proposiciones de los notables eran sin duda impertinentes y absurdas; pero ¿de qué servia alarmarse por ellas? ¿Podian llevarse á cabo? ¿No disentan de la forma de un Estado puramente monárquico, del valor, la prudencia y la experiencia de un gran rey, de la calidad de los negocios corrientes, de la condicion de los tiempos, de la disposicion de los ánimos, hasta el punto que caerian por su propio peso en cuanto se tratase de ejecutarlas? « Pero (dijo el rey) ¿qué seguridad tenéis en » vuestro dictámen opuesto al mio y al de los » demas de mi consejo? ¿En qué razones » apoyáis vuestro modo de ver, para que os » crea, y me persuada de que, siguiéndolo, no » atraeré sobre mí la censura, ni correré pe- » ligro? »

Á esto contestó Sully que, consideradas naturalmente las proposiciones de los notables y refiriéndolas á lo que habia observado del carácter de cada uno, sin olvidar lo mal administradas que se hallaban las rentas en las provincias, habia deducido consecuencias infalibles, y formado razones cuya solidez apreciaria facilmente Enrique; que no las habia expuesto en el consejo porque deseaba comunicárselas á él solo, y que pudiera aprovecharse de ellas y acrecer su gloria personal, contrariando la opinion de todo el consejo. Hizo notar á Enrique, que en el nombramiento de los individuos del consejo de Estado ocurririan dificultades sin número, y que si llegáran á nombrarse, les costaria infinito trabajo ponerse de acuerdo sobre cualquier punto, impulsados de contrarios intereses y de pasiones envidiosas; que estas disidencias aparecerian especialmente al tratar de distribuir el dineró de que podian disponer; que en aquellas circunstancias, era imposible calcular con exactitud las rentas del reino, hallándose unas en aumento, otras en disminucion, y algunas próximas á desaparecer; que si quisiese plantear aquel sistema, los notables incurrian en mil errores, redundando estos en su descrédito y vergüenza, de modo que hallarian arrepentimiento, bochorno y disgusto, donde habian imaginado provecho, gloria, autoridad, « pues » no estaba en su mano impedir que S. M., » hechos los aprecios, eligiese las rentas que le » agradasen para componer su lista civil de » cinco millones de escudos, con que deseaban » se contentase; » que en tal caso, él, Sully, indicaria las elegibles, para que sus rendimientos se aumentasen en una tercera parte

al poco tiempo, y fuesen en dinero de fácil salida, sin apariencias falsas, ni quejas del pueblo, mientras que lo que tocase á los notables decaeria rápidamente, atrayéndose por lo tanto el odio del pueblo, y las quejas, reprensiones é importunidades de los poderosos; que el ejemplo del sueldo por franco seria una indudable prueba de lo dicho, pues destinando los productos de este impuesto á su porcion, no sacarian jamas arriba de doscientos mil escudos netos; y tomando en su lugar las rentas de las provincias empeñadas, las partidas casuales, las gabelas, los bosques, los dominios mal enajenados, los impuestos sobre rios, las patentes de provincias, los subsidios antiguos, etc., era indudable que se doblarian y triplicarian en dos años; que este aumento era tan seguro como que personas de caudal, á quienes habia recomendado el silencio, le habian firmado ya las ofertas.

Enrique se convenció, y presentándose á la asamblea de los notables, declaró que aprobaba las tres proposiciones; tanto era su deseo de complacer á sus súbditos, de acceder á sabios consejos y de probar que amaba al pueblo como á sus hijos. Que les suplicaba nombrasen dentro de veinticuatro horas las personas que debian componer el consejo de Estado, que habian pedido con tal urgencia, y que procediesen en seguida al aprecio de las rentas de Francia, comprendido el nuevo impuesto del sueldo por franco, que con tanto acierto habian ideado; que teniendo este aprecio á la vista, haria luego la distribucion entre ellos y él, conforme á su deseo, no dudando se le permitiera escoger entre los lotes aquellos que reputase mas á propósito para su ejército, en quien descansaba la defensa del Estado y la seguridad de todos. Que, por lo demas, se alegraba de tal distribucion, para ver cuáles eran mejores administradores, si ellos ó él y su consejo.

Sucedió como habia dicho Sully. El consejo de Estado no tardó en conocer cuán erróneo habia sido el cálculo de las rentas del reino; de donde se originaron disputas y recriminaciones entre sus individuos; y mezclándose el amor propio, tuvieron que apelar á Sully. Este, sin embargo, declinó tal honor, hasta que el rey, á quien se rogó interviniese entre ellos y él, le mandó que accediese á sus deseos; pero ni aun así se mostró Sully mas dispuesto á favorecerlos y auxiliarlos; visto lo cual por ellos, se dirigieron en cuerpo al rey y se despedieron, confesando que « habian cometido una » gran falta en querer entrar á la parte con él, » que sabia mas que todos, y que administraria » mejor por sí solo todo el reino que ellos » juntos una parte. » El rey se hizo de rogar; pero únicamente para dar mas valor á su *mercancia*, como dicen los sectarios de Sully.

Tal es la historia, y nos hemos extendido algo, porque nos pareció curiosa, instructiva y característica, del modo de proceder de Enrique y Sully en general. ¿Qué profunda diferencia

entre aquel siglo y el nuestro, en el cual vemos realizado en la cámara de diputados el consejo que inventó la clase média en tiempo de Enrique IV y que Sully condenaba á perecer al cabo de tres meses, « como compuesto » de tantas cabezas, escogidas en las diferentes » provincias, todos de distinto carácter y con » diversos intereses, tanto por consideracion á » sí como á sus provincias, sin poder ser » regularizadas por la absoluta autoridad de » ninguno! »

Encontrábase, pues, la autoridad soberana concentrada en Sully y Enrique IV, y usaban de ella de un modo insigne respecto á la Francia y al pueblo. Fuera de los dos no se veia mas que fracciones, egoísmo ignorante y grosera sumision. La nobleza, descansando de las fatigas de la guerra civil, se dedicaba á buscar honores y recompensas; los ciudadanos aprovechaban la abundante mina que la industria y el comercio ofrecen siempre despues de guerras diarias; de manera que ninguna idea política verdaderamente general y encaminada al bien de todos brotaba, á no ser de la cabeza de Enrique y de su ministro. La forma y el fondo eran completamente monárquicos en Francia. En tal situacion un problema de alta política surgió de repente entre ambos gobernantes, y sugiriendo dos soluciones distintas, los opuso el uno al otro, en cuanto oponerse podian Sully y Enrique. Tratábase de las manufacturas del país dirigidas al lujo, y de si se debía permitir ó no al pueblo dedicarse á esta industria naciente. Sully estaba por la negativa y Enrique por la afirmativa. Sully habló duramente contra el lujo y el envilecimiento de la nobleza, consecuencia inevitable del incremento de las manufacturas; Enrique, no queriendo enemigos que combatir, y pareciéndole que los únicos verdaderos y hasta posibles los hallaria en la nobleza, deseaba abrir á la actividad turbulenta de esta el desahago corruptor del lujo. Sully practicaba las virtudes enérgicas, Enrique las fáciles y dóciles. Ninguno de los dos vió claramente el desarrollo social del pueblo en el fondo de la cuestion; pero Sully á lo ménos tuvo sobre su señor una inmensa ventaja; pues sin proponerse por punto principal y directo el desarrollo social del pueblo, la rectitud de su corazon y de su entendimiento, le llevó á sostener y defender esta causa; y hablando en la apariencia á favor de los nobles, se encontró que habia sustentado una tesis popular, apoyándola con altas razones no rechazadas por el porvenir.

Era el año de 1603, y queriendo Enrique introducir en el reino las moreras, la fabricacion de la seda y las demas manufacturas extranjeras no conocidas aun en Francia, llamaba operarios y construía edificios á propósito, todo lo cual producía grandes gastos; Sully se oponia á estos desembolsos y suscitaba mil obstáculos. Enrique, incomodado, fué un dia al arsenal, y pasó entre ellos el siguiente diálogo: